



EL OBISPO DE JAÉN

## HOMILÍA DEL OBISPO DE JAÉN EN LA MISA CRISMAL 2025

Nos reunimos, esta mañana de Martes Santo, unos días antes de la celebración del Jueves Santo, para conmemorar la institución de la Eucaristía y del Sacramento del Sacerdocio, y así, vivir este momento de gracia en el que renovaremos las promesas que un día hicimos con ilusión y entrega. Lo hacemos como *peregrinos de esperanza*, en este Año Jubilar en el que el Señor nos invita a redescubrir la belleza de nuestra vocación y la fecundidad de nuestro ministerio.

Que este aniversario de la Encarnación del Señor nos ayude a reavivar, más que nunca, el gozo de nuestra llamada, un gozo que debe nacer de una memoria agradecida por el don recibido, a través de la imposición de manos y la unción con el Santo Crisma.

Este es un día de gracia para nosotros, porque Cristo nos vuelve a llamar y nos recuerda el inmenso don que hemos recibido. Somos sacerdotes por pura misericordia, llamados, no por nuestros méritos, sino por su amor. Nos ha confiado su ministerio para que seamos signo vivo de su presencia en medio del mundo, ministros de su Evangelio, dispensadores de su gracia, pastores de su pueblo.

Camino de servicio y entrega, donde nuestra esperanza se alimenta en la oración constante y fiel. Comenzar cada mañana junto al Sagrario, dedicar tiempo a beber del manantial de esperanza que es el corazón de Cristo, en la Eucaristía diaria, nos sostiene y nos fortalece, para que nunca perdamos la orientación de nuestra vocación.

En este camino, también, la comunión y la sinodalidad son signos de esperanza. Vivimos en un mundo dividido, sumido en guerras y polarización, en una sociedad fragmentada, ensombrecida por falsedades que llevan a la desconfianza, y nuestro testimonio como presbiterio unido en Cristo es esencial. La sinodalidad no es solo una estrategia pastoral; es la manifestación de una Iglesia que se escucha y se acompaña, una Iglesia que vive y camina unida en la esperanza.

Así lo siento yo. El obispo no puede caminar sin sus sacerdotes, como los sacerdotes no pueden caminar sin el obispo, sin su presbiterio, ni sin el pueblo de Dios que le ha sido encomendado. Somos una familia en la fe, un presbiterio unido en Cristo y nacido de su corazón, que camina en comunión para dar testimonio de la esperanza que no defrauda. Os manifiesto que os siento especialmente cercanos, como hermanos y amigos, unidos en una misma misión. Realidad que he experimentado, de manera especial, en las distintas Visitas Pastorales que ya he realizado.

Queridos hermanos, no nos dejemos confundir por las “cosas y valores de este mundo”, el sacerdocio solo se comprende a la luz del Misterio Pascual. Nuestra vida no tiene sentido fuera de Cristo. Él es la piedra angular, el centro de la historia y de nuestras vidas. Solamente, a la luz de estos misterios de la redención de la humanidad, llevada a cabo por el Hijo de Dios, podemos justificar y estimar nuestra vida, y pueden los demás entendernos y apreciarnos en lo que somos.

Esta verdad nos llena de gozo y nos confirma en nuestra misión: somos ministros, delegados y mensajeros de Jesucristo, “signos visibles” de su presencia en el mundo. A través de nosotros, Cristo sigue hablando, sanando, perdonando y dando vida.

Este pensamiento debe llenarnos de humildad y, al mismo tiempo, de una profunda seguridad y alegría. No estamos solos en esta gran misión, Cristo está con nosotros, nos sostiene y nos renueva cada día.

Somos conscientes de que vivimos tiempos difíciles. Nuestra sociedad muchas veces nos ignora o incluso nos rechaza. Nos duele la indiferencia religiosa, la secularización creciente, el desprecio a los valores del Evangelio, incluso podemos sentirnos tentados a “tirar la toalla” por el desaliento o la sensación de inutilidad.

Sin embargo, debemos recordar que el mundo necesita, más que nunca, nuestra presencia y nuestro testimonio. Aunque a veces no lo perciban o no lo reconozcan, los hombres y mujeres de hoy necesitan pastores que les ayuden a descubrir el sentido profundo de la vida, que les ofrezcan la luz de la fe, que los acompañen en sus sufrimientos y búsquedas.

No nos dejemos llevar por la desesperanza ni por el cansancio. No cedamos al pesimismo ni a la queja; no cedamos, tampoco, a la indiferencia ni al desánimo; no dejemos emponzoñarnos por el veneno de la crítica destructiva. Dejemos que la esperanza, sustentada por el recuerdo de la verdad de nuestra vocación, se renueve cada día, fortaleciéndose en la Gracia recibida: la Caridad Pastoral. Nuestra misión es imprescindible para el mundo.

Hoy, más que nunca, se nos urge a organizar bien nuestra vida, para salvar lo importante, lo imprescindible, sin que nuestra vida, “esa herramienta a disposición de Dios y de su pueblo”, no se quiebre. No somos meros gestores de estructuras eclesiales, somos sacerdotes de Cristo, llamados a anunciar su Reino y a servir con generosidad y entrega.

Gracias por ser "sacerdotes encarnados", con esa actitud que el Papa Francisco nos pide: "en salida", siendo signo de esperanza en las periferias de nuestra tierra giennense; saliendo al encuentro de los mayores que viven en soledad; de las familias que atraviesan problemas económicos; de los jóvenes que viven sin raíces y sin horizonte; de los inmigrantes que llegan a nuestros campos en busca de un futuro; o de aquellos que se ven sumidos en una indiferencia religiosa creciente.

Somos conscientes de que el camino del sacerdote no está exento de sacrificios. A menudo experimentamos la soledad, la incomprensión, la fatiga de la entrega cotidiana. Sin embargo, cuando abrazamos con amor estas dificultades, que son parte de nuestras cruces, encontramos en ellas una fuente de libertad y fecundidad. Recordad que al aceptarlas voluntariamente adquirimos una soberana libertad y dejamos claro que “Cristo y el servicio a los demás son las verdaderas razones de nuestra vida”.

Sí, hermanos, Cristo y el servicio a los demás son nuestra verdadera riqueza. Cuando vivimos con esta libertad, experimentamos una alegría profunda, porque sabemos que no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que hemos sido entregados para el bien del pueblo de Dios. *“Con Cristo y como Cristo, al servicio de todos los hombres, en la Iglesia, desde la Iglesia y con la Iglesia.”*

Riqueza que nos lleva, también, y de una manera especial, a avivar nuestro compromiso por promover una cultura vocacional. Ésta debe ser siempre una prioridad en nuestro ministerio. Nuestra misión como pastores es, también, animar nuevas vocaciones al sacerdocio, con la certeza de que, en la obediencia a la llamada de Dios, la Iglesia se renueva y se fortalece. El Señor sigue siendo fiel a su pueblo. Estoy convencido de que hay jóvenes llamados por el Señor para este ministerio. Seamos, en lo posible, cauce de gracia para que sientan la fortaleza en su respuesta generosa.

Oramos, también, en esta celebración, de una manera especial, por nuestros seminaristas, por quienes un día recibirán esta misma unción. Que encuentren en nosotros modelos de fidelidad y alegría sacerdotal.

Hoy, al consagrar los santos óleos, sentimos, una vez más, que nuestras manos vuelven a ser ungidas por el Espíritu Santo. Hoy, el Señor nos llama nuevamente a ser suyos, sin reservas ni condiciones.

Por eso, os invito a renovar con fuerza vuestra entrega. Seamos sacerdotes de oración, de cercanía, de escucha, de entrega generosa, en salida. Seamos testigos de esperanza, en este tiempo en que tantos se sienten perdidos. Seamos fieles a nuestra identidad, sin diluirnos en el mundo, sin escondernos ni avergonzarnos de nuestra vocación.

Hoy, juntos, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todo nuestro ser, renovemos una vez más nuestro “sí” al Señor, para la gloria de Dios y el bien de su pueblo.

Y vosotros, queridos seminaristas, religiosas y fieles presentes, os invito a que nos acompañéis con vuestra oración. Rezad por nosotros: vuestros sacerdotes y vuestro obispo, para que vivamos con fidelidad y alegría nuestra vocación, y para que nuestro ministerio sea siempre un signo de esperanza en medio de las dificultades que atraviesa el mundo. Estoy convencido de que vuestra intercesión es totalmente fecunda, nos fortalecerá y nos guiará en nuestro servicio a Dios y a su pueblo.

Que la Santísima Virgen maría, Madre de los Sacerdotes, nos acompañe y nos guarde en este camino.

**✠ Sebastián Chico Martínez**  
**Obispo de Jaén**